

El final Dic. 10. - 1982.

De La Jornada

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



La hora final del gobierno de López Portillo se aproxima. Cuando este número de **Siempre!** comience a circular en el último jueves de este sexenio, faltaran sólo unos días para la entrega del mando a don Miguel de la Madrid. Es necesario, entonces, emprender una aproximación, inicial, corregible, complementable, a lo que hizo esta administración. Es el momento del balance, pues.

La principal quiebra, el pasivo fundamental del gobierno de López Portillo, como se siente y se sabe, estribó en el manejo de la economía. Es preciso reiterar que la causa de los graves deterioros de nuestra vida material no es sólo la actividad gubernamental o su ausencia. Pero en tanto que regulador de ella y

principal participante en el proceso productivo, no puede dejar de fijársele la alta responsabilidad que en su descomposición le corresponde.

En tres vías podría expresarse la frustración de las expectativas económicas del régimen. El triunfalismo sentó las bases del primer modo de fracaso. La riqueza petrolera fue una ilusión, pero no lo supimos bien a bien a causa del entusiasmo excesivo que puso en ella el gobierno. Negarla, dudar de su posibilidad, solicitar que se reflexionara en la particular cualidad de esa explotación, que deteriora la economía y el ambiente social y físico, todo ello fue tenido como contrario a la patria. Los constructores del México nuevo, que se anunciaba como tierra prometida, donde manaban ríos de leche y miel, debían ser glorificados, y puestos a salvo de toda acusación, aún de las más patentemente justificadas. En lo económico, esa desmesura condujo al derroche, al crecimiento no reprochable por acelerado (¿cómo hemos de resignarnos al crecimiento lento, si la demanda de empleos no puede esperar, a riesgo de condenar a un destino oscuro e incierto a cada vez mayor número de mexicanos?) sino por que no se fundó en bases sólidas. Cuando las primeras señales rojas nos guiñaron sus ojos luminosos, nos negamos a ver que había que practicar un alto, un examen y una nueva actitud ante los hechos. No lo hicimos, y en febrero del último año se desencadenó la crisis. Esa por desgracia, constituye el tono dominante en la última hora y lo que da el tono del sexenio. Es cierto, como ha dicho el Presidente, que nuestra caída se produjo de modo estentóreo y llamativo porque habíamos subido. El resto de las economías nacionales en el mundo casi no creció, y por lo tanto su estancamiento es menos visible. Pero nuestro producto aumentó, como en los sesentas, a un promedio de ocho por ciento al año. Y ahora que es de cero, la diferencia se hace palpable. Eso es verdad, y debe ser tenido en cuenta en esta hora del balance. Pero tampoco podrá dejarse de ver que la involución puede llegar a ser tan extensa y profunda que nos deje atrás de donde estábamos.

El triunfalismo se complementó con la adicción a las tesis principales del desarrollo estabilizador, que estriban en promover el crecimiento con base en el endeudamiento exterior, y no sobre los recursos fiscales. Por eso, la deuda externa estalló brutalmente, como hongo de explosión atómica que se expande y luego deja sus huellas de muerte por doquier. Llegamos casi al extremo de la insolvencia. Y tardaremos mucho en salir del profundo barranco en que por realizar tal opción caímos a pesar de las advertencias innumerables en contrario. En cambio, el régimen fiscal apenas sí cambió. Al contrario, se multiplicaron los estímulos al capital, que se reflejaron en debilidad financiera del gobierno.

Por último, falló la apreciación del régimen acerca de sus socios, los grandes capitalistas privados. La alianza para la producción, versión modernizante y activa de la unidad nacional, fue el leitmotiv del concordismo practicado por López Portillo. Durante cinco años y medio, el gobierno confió en las inversiones de los privados, que no se dirigieron jamás del modo esperado a la producción de artículos básicos como lo demandaba la necesidad social y nacional, sino a la especulación cada vez más rentable y esterilizante. El gobierno lo jugó casi todo a esa carta. Se empobreció, trajo enormes recursos para arrojarlos al torrente circulatorio, del que salían los dólares hacia el exterior, y hasta sacrificó una imagen ya endeble el año pasado al practicar la operación de salvamento del grupo Alfa. El crédito que le otorgó Banobras a ese consorcio, el año pasado, fue como la culminación, el coronamiento de una actitud permanentemente resuelta a prodigarse en pos de una confianza veleidosa que finalmente fue retirada.

Económica y políticamente, el gobierno erró al vincularse con los empresarios privados de gran rango. En cambio, acertó siempre que hizo apuestas en favor del progreso político. La reforma de 1977 al sistema de partidos, de elecciones y parlamentario daría al gobierno de López Portillo uno de sus timbres de satisfacción. Nadie dirá, ni los más acrílicos panegiristas del régimen, que fue una reforma política suficiente y acabada. Por lo contrario, podría ser larga la enumeración de sus faltantes, sus desvíos, sus temores, su inaplicación. Pero nada de eso será suficiente para nublar la brillantez de una medida que sustituyó tensiones y dio racionalidad a la lucha política sin que eso haya supuesto, porque era imposible, la eliminación del conflicto social y su expresión en otras arenas, distintas de las partidarias.

Resueltos los problemas mayores de la impugnación armada al gobierno, el de López Portillo pudo disponer una amnistía. Sus beneficios no fueron universales. Sus efectos positivos, sin embargo, tienen que ser hechos notar no porque ello sea muestra de generosidad gubernamental, sino porque corrieron parejos con la reforma política en el afán de confiar a las vías de lucha política la definición del rumbo nacional. Los desaparecidos, muchos de ellos presos en recintos militares, son la mancha mayor que en este terreno pudo lavar el gobierno que se va.

También acertó el régimen al regularizar la organización de los trabajadores universitarios, pero su política laboral arroja un saldo deficitario, por los topes salariales que al principio y al final del gobierno hicieron caer el peso de la crisis sobre los hombros obreros y campesinos, y porque no permitió una política aperturista en favor del sindicalismo democrático e independiente.

Con todo, las universidades en general no fueron objeto de represión, aunque sí de manipulaciones. Se está en camino en ellas de encontrar formas de relación interna menos erosionantes, pero todavía es preciso andar un buen trecho para arribar a ese objetivo. En materia de comunicación social, estrechamente vinculada a la educación, se encuentra una de las páginas más grises, o negras francamente, de la administración de López Portillo. Ni siquiera resulta indispensable recontar las mil contradicciones que en este escenario hicieron crisis, porque la opinión nacional las tiene muy presentes. Para colmo, la práctica de la libertad de expresión, que hubiera distinguido también de modo positivo al gobierno, se enturbió por haber torpedeado la manifestación de ideas por medios no visiblemente pero seguramente gubernamentales.

Terminé el examen preliminar de lo que obró este gobierno con la nota optimista referida a su política exterior. Casi no hubo paso en tal materia que no enorgullezca a la mayor parte de los mexicanos. Si el tono fulgurante, y la consistencia de nuestra diplomacia activa hubiese sido el del gobierno en su conjunto a esta hora estaríamos desgranando el aplauso que, como fueron las cosas, tendríamos que remilgar de no haber sido por la nacionalización de la Banca y el control de cambios, es decir la reasunción de la rectoría del Estado sobre los problemas que afectan a todos.